

## CONVERSACIÓN ENTRE JESÚS HERNÁNDEZ (J.H.) Y JUAN CARLOS MEANA (J.C.M.) como parte del trabajo realizado durante el periodo en el que ha transcurrido la exposición *Abierto por obras (Procesar)*

J.C.M.- ¿Qué haremos para desaparecer? En principio esto supone ya de antemano una aparición y aparecer significa una voluntad de ser, de hacerse presente, de no caer en el olvido de sí. En este no olvidarse de uno mismo va implícito el deseo. Recordarse a sí mismo es, digamos, lo más importante; es una forma permanente de hacerse presente y de hacerse consciente. No entendamos este recordarse como una afirmación a ultranza del ego, sino justamente lo contrario, un *despoder* del yo, una puesta en crisis de nuestras propias defensas psicológicas. El arte ha de permitirnos desestructurar unos mecanismos autoimpuestos y que se acaban convirtiendo en nuestra propias cárcel. Acteón ve en Diana una posibilidad de traspasar los límites, es un camino de apertura y despojamiento de lo que ya tiene aprendido. El reto tiene sus riesgos, sin lugar a dudas, pero nos abre el camino de la sabiduría, que va más allá del conocimiento y desde luego del re-conocimiento. Una sabiduría que ha de ir encaminada al saberse de sí no es memoria, no es conocimiento acumulado, el conocimiento mira al pasado y la sabiduría al futuro.

Veo aquí también alguna posible conexión con lo que nos plantea Jesús Pata en su propuesta de poner sobre la mesa la dicotomía cotidianeidad-trascendencia, una dicotomía que viene de la filosofía en su versión inmanencia-trascendencia. Yo no creo personalmente en esta dualidad dentro del arte. Me cuesta imaginar un arte que no aborde lo trascendente en alguna de sus muchas vertientes y matices. Se puede abordar el ámbito de lo desconocido, que para mí es el valor de lo trascendental, desde lo físico constructivo en la búsqueda de un nuevo saber hacer, en lo perceptivo para ensanchar un saber percibir y lo mental para establecer nuevos parámetros de un saber pensar, participando también de todos ellos un saber sensible.

Quedarnos tan solo en la cotidianeidad veo que no pasa de ser mas allá de un comentario sobre lo real, que posiblemente no vaya más allá del comentario sobre el espectáculo de lo real y abundaría en los excesos de nuestra sociedad del espectáculo.

Pienso que el arte ha de procurarnos una transformación.

J.H. Recibido el origen, pero he de haber entrado en barrena, porque lo de la transformación me deja inane, no me excita, no me sucede más bien. No me malentiendas, que el arte procure una transformación, incluso cierto acuerdo mutuo, pero que sea una transformación efectiva ya es otro cantar. Tú me lo dijiste en una mañana apresurada, creí entender con cierto reproche tal vez mal entendido; me dijiste una obra no cambia el mundo y, añado yo, ni transforma a la persona. Figúrate si estoy de vuelta de la ida -es el tránsito a la desaparición esta vuelta de la ida, presiento-, que llego a pensar que ni quien la ejecuta se transforma. Ni autor ni espectador, sólo la obra que está -o aparece- tiene la cualidad de la transformación, ese don maravilloso que suele calificarse de realidad propia propiciando o procurando el cambio cualitativo de la imaginación y la sensibilidad. La obra que está (aún, me atrevo a decir, no siendo) es la auténtica artífice de la transformación artística, lo demás puede tener una relevancia más o menos importante, pero lo es infinitamente menos.

J.C.M. Veo en tus palabras una negación a la transformación pero sin embargo releo tu mensaje y no puedo sino ver tu estado de transformación. Es eso que tu llamas transito a la desaparición. Transitar por la obra hacia una desaparición, la obra como lugar de paso, estancia precaria pero donde algo cambia. Pienso que la obra tiene esa cualidad en su estratificación de posibilitar y propiciar una sensibilidad y una imaginación pero estas son cualidades de la persona y no de la obra. La transformación no la entiendo como un final feliz, no nos engañemos, no hay meta. El arte no redime de nada y ahí está su grandeza precisamente. Nos vuelve continuamente al presente. De esto nos sobran ejemplos en la historia del arte donde visionarios y revolucionarios han querido cambiar el mundo a través del arte pero han fracasado y yo diría que afortunadamente.

Lo importante de hacer o de contemplar una obra es la experiencia y sobre todo lo que hacemos con esa experiencia en el camino de la desaparición.

J.H. La (re)vuelta al presente por la acción de la obra, he ahí la grandilocuencia y pequeñez de la obra que haces que te hace. He ahí, sí, la miseria del autor, la condena a galeras debido a la ausencia de pasado y la no presencia de futuro, ni memoria ni proyecto, el mejor veneno para disiparse día a día, con cada jornada o tiempo de la acción de la obra. Hacer la obra que piensas te hace es el modo más certero de activar la experiencia 'desaparecer', y lo es porque en ella se ponen en marcha los resortes reales y evocativos del cara a cara con la muerte, de la consciencia trágica de un final que no es una meta, un objetivo conceptual ni nada que se le parezca. No, no va por esa senda que es la senda del 'sentimiento trágico de la vida'. El ejercicio de la obra de arte se relaciona, así lo estimo, con un presente infinito, uno de tal calibre y naturaleza que te emplaza fuera de toda lógica de tránsito temporal y espacial, de vida lineal y muerte final, para abocarte a la locura de lo insólito y el extrañamiento de uno mismo, donde se puede vivir y morir cada día un millón de veces y resucitar también otros dos millones. No hay final feliz por la transformación que procura el ejercicio del acto creador, en esto estoy de acuerdo contigo. El anhelo de un final feliz, más allá de aquí, hace al monje (y a la monja), por la esperanza, imagino, de librarse de la experiencia del cuerpo carnal. Así hace comúnmente el arte y los artistas, o solemos hacer, procuramos el proyecto de obra con un final feliz y, en tanto, adolece de la experiencia de la transformación implícita en todo tránsito a la desaparición. Por ello no creo que hay que conformarse hacer obra para salvarse del futuro, exaltar el presente y recordar el pasado. He ahí el error categórico de esta nuestra contemporaneidad, precisamente en agarrarse a un presente efímero (¿que es un presente efímero, me pregunto?), en aras de perpetuar el tiempo concentrado en el instante de máximo esplendor, eso que se ha venido en denominar nominalmente espectáculo allegado a la creación artística. El presente efímero versus espectáculo no es temporalidad de obra artística, es más bien su ignorante negación. Y en este espectáculo ignorante, el nuestro y el de ellos, la desaparición brilla por su ausencia, también la transformación por no hablar ya de la experiencia. Quien desaparece ni es ni existe, la ignorancia lo ignora; quien se transforma es tildado de inauténtico y esquirolo y quien experimenta pierde el tiempo.

J.C.M. Apuntas alguna cosa que me interesa como es la temporalidad de la obra artística, una temporalidad que nos desposee de nosotros mismos y que, como bien afirmas, poco o nada tiene que ver con el espectáculo del arte. Darse cuenta de esto es para mi parte de la transformación y también de la experiencia, que van, inexorablemente tal y como afirmas, al extrañamiento de nosotros mismos. Por eso creo que uno no puede ser el mismo después de haber contemplado una obra. Y digo bien, (con)templado, es decir, haber adquirido

temple, haberse medido con la obra, y en ese medirse volver a comenzar habiendo tomado conciencia de donde se está. El espectáculo confunde duración con temporalidad.

J.H. Durar en la obra... ¿Quién puede? ¿Quién se atreve?

La experiencia de la obra artística, sea desde el lado del contemplador o del creador, sinceramente y para qué andar con rodeos, se me antoja una quimera, una falacia suya y nuestra. Uno sigue su curso a pesar del deber ser o de lo transformado, a pesar del influjo embriagador de una obra concreta contemplada en un tiempo preciso. No nos engañemos, no caigamos en la trampa del arquetipo, la obra de arte como artefacto para la correspondencia al *modus vivendi* se desvanece en cuanto lo cotidiano vuelve a su ritmo, en cuanto vuelves a levantarte cada mañana y te duchas y desayunas y se te vienen encima los montones de responsabilidades contraídas con uno mismo, con los demás y el mundo. Hay que ponerle mucho empeño, una enorme fuerza y unas ganas tremendas para ser el otro, el transformado por mor de una contemplación de una obra de arte que ha tocado los resortes de la sensibilidad y la comprensión propias. El mundo, el inmediato, el mediado y el lejano obra, representa y activa ya por su mismo discurrir multitud de percepciones sensibles -y sensibleras también- que, amalgamadas en un tiempo efímero ininterrumpido, el presente elevado al infinito, obturan la experiencia estética de la obra aquélla, de la contemplación en su acepción de adquisición de temple, como tú lo interpretas, para activar el olvido inmediato y la no incidencia de cualquier obra de arte cuya pretensión quiera llegar más allá o más acá, nunca se sabe cuál es el desplazamiento del vaivén, de la persona recreada por la misma contemplación.

Imaginemos un tipo al que la contemplación de una obra artística en una sala de arte un día cualquiera de su vida le afecta con temple, es decir, incide en él temporalmente transformando parte de su sensibilidad, actitud y pensamiento concreto. Imaginémoslo al día siguiente, engullido por el deber cotidiano de su vida y de cómo lo sucedido el día anterior puede afectarle a su hoy. Digo imaginémoslo y sin embargo no puedo llegar a imaginarlo. ¡He ahí lo confundido! Cómo, hoy, nosotros, seres contemporáneos de la era cibernética, de los media y la imagen digital, donde la contemplación brilla por su exposición ultrarápida y por la imagen luz, podemos llegar a tener siquiera imaginación para dicha imagen del temple devuelto por la envoltura de una obra a la que hemos dedicado temporalidad de persona.

Quién puede... quién se atreve... sin quedar un poco desclasado y roto cuando la velocidad normal de cruce del día posterior impone su inercia luz luminosa.

La contemplación está sin tiempo a no ser que apagues la luz y... desaparezcas. (¡Coño, otra vez la misma solución, esto empieza a ser un problema!)

J.C.M. ¿Qué espacio le queda al arte, independientemente de sus diferentes formalizaciones, en la sociedad de lo espectacular? Me niego a hacer una dejación de mi mismo como sujeto, que es en gran medida la construcción de mi subjetividad. Y aquí sujeto entendido como una relación con aquello que me sujeta, es decir, que me domina y a lo que estoy subordinado, pero de lo que yo también puedo obtener beneficio al ser parte de mi sujeción, es decir de la construcción en devenir de mi mismo. No nos podemos liberar de una sujeción, yo no lo veo, pero sí que no podemos caer en el olvido de nosotros

mismos - el olvido inmediato al que haces referencia- porque entonces estamos perdidos y nos convertimos en meros consumidores, en un número para las estadísticas.

La transformación, y mi insistencia en ello da muestras de mi preocupación por el tema, es lo que nos permite establecer un puente entre la dimensión ética y estética del arte. Cambiar sin llegar a una meta concreta.

Contemplar la obra es una forma de participación activa, contrariamente a lo que se pueda pensar en la sociedad del espectáculo. Contemplar implica, antes que cualquier experiencia sublime, una participación activa y consiente de los sentidos, un encuentro con nosotros mismos ¿para desaparecer? Tal vez. Yo no me planteo grandes finalidades, pero si que creo que percibir enteramente es hacer nuestra esa observación y levantar nuestra subjetividad, que es una de las formas de resistencia frente al poder que nos sujeta. Yo no me creo que en la sociedad del espectáculo se genere una mirada mas consciente que con la contemplación. No se puede generalizar, pero se ha confundido la participación física con la mirada realmente consciente en muchas obras y exposiciones.

J.H. Preguntas que qué espacio le queda arte en la sociedad de lo espectacular. Le queda lo que el arte es por lo que hace. No nos confundamos y no seamos 'autenticadores' de los valores esenciales de la obra de arte. Más que nos pese y aunque en repetidas ocasiones, por cómo se comporta, ejecuta y difunde la obra se asienta de lleno en la naturaleza de lo espectacular, y esto no la hace menos obra. Más tampoco. Indudablemente el sujeto que se sujeta a la obra de arte está abocado a la construcción de una subjetividad, en eso estoy de acuerdo, o, en su defecto, a ser mera comparsa como individuo clasificado cumpliendo tareas que efectúa el arte por inercia, sea mimética, provocadora o citacionista. Pero hay algo que se me escapa, lo de atrapar para ser atrapado en aras de la construcción en devenir de uno mismo. ¿Cómo uno es cazador y cazado al mismo tiempo? ¿Cuál es la estrategia de subjetividad? Si nos libramos de la sujeción parece, por lo que afirmas, que estamos abocados a ser meros consumistas, pero si nos sujetamos a ella, a nosotros mismos, si hacemos uso y disfrute de la fuerza personal vinculada a los principios y valores fundamentales a los que hemos llegado por convicción, fe o entrega, resulta que puedes acabar, o acabar definitivamente, fuera de lo que el arte hace que, como decía antes es lo que le queda o, para dar otra salida, en lo que se ha transformado aquí y ahora, en nuestra actualidad o en su presencia que es nuestro presente (sigo calificándolo, continuo).

Me estiro o alargo tal vez demasiado y habíamos quedado que estos intercambios habrían de tener la característica de rápidos y certeros (como dice el refrán si breve y bueno, dos veces bueno). Pero sea tal vez yo lento y fallón, y lo de breve para bueno parece no va conmigo. Acabo ya con la referencia al puente entre las dos orillas, la ética y la estética del arte. Para mí, tal vez sea un soberbio, ni una ni otra, prefiero la corriente del río sobre la que se eleva su puente sin tocarlo. El mismo agua y siempre diferente, siempre otra agua aparentemente la misma, aunque dependiendo de las circunstancias meteorológicas entre las que pueden darse acontecimientos naturales extremos u excepcionales. En la ubicación del acto creador, es decir, en el agua que te lleva, me es indiferente la estética, pero la ética no le va a la zaga, siempre están presentes pero nunca participan del caudal. Supongo que está postura no la compartirás conmigo.

Lo que estoy contigo es que sin el ejercicio eficaz y sencillo, no sublime, de la contemplación, dónde la subjetividad para hacer resistencia al poder, nos sujete o nos arroje. La sociedad del espectáculo nos arroja, la contemplación nos sujeta, pero atrapados por lo especular contemplativo hasta hacerlo mero espectáculo, que ya también se da, y abundantemente, cuál habría de ser nuestra ubicación.

Arrojarse al río, me imagino.

J.C.M. Bien, en tu presente continuo se sitúa la subjetividad, aquello que estamos elaborando continuamente y desechando al mismo tiempo. Entiendo la subjetividad como un continuo proceso, ocurriría de igual modo con la identidad. Tal vez en el centro de

ambos conceptos está esa crisis de la que parece que no nos libramos y en la que tenemos que aprender a vivir con cierta soltura y alegría.

En tu idea de "apagar la luz" o "arrojarse al río" entiendo que hay un final. Tal vez sea esto lo que no termino de entender o compartir contigo ¿En qué diferencias estas dos ideas, o la del inicio de la conversación "¿qué hacemos para desaparecer?", de aquellos que ven un final o una finalidad, sea en el arte o en cualquier otro planteamiento, donde se implique el sujeto? ¿ Pero hay final? ¿Está la desaparición al fondo? ¿No es esto utopía, aunque sea desde la negación?

Lo que nos sujeta se ha demostrado una y otra vez efímero y precario luego no podemos constituirnos en centros de nada, no somos tampoco "autenticadores" del arte, ni velamos por "valores esenciales de la obra de arte". Pero si me consumo en esta sociedad de mercado que sea yo y como yo quiera, claro que este yo es pura crisis y desequilibrio; y que no me consuman otros a través de los objetos y del mercado. Al menos que cada uno elija aquello con lo que quiere consumir sus deseos, aunque sean los de desaparecer.

En lo que construye nuestra subjetividad y nos sujeta hay algo siempre que susurra y que se nos escapa, afortunadamente a mi entender. Algo que tiene que ver con el deseo y también con una sana insatisfacción que produce la transformación de esa subjetividad. En realidad siempre muta pero tenemos que ser conscientes de ello para mutar y atravesar permanentemente esos planos.- Acteón salió de caza tal y como estaba previsto, pero sus deseos dieron un giro y se entretuvo con Diana.-

Aquí estaría el cazador cazado. Es el sujeto que produce una parte incontrolada o de "residuo" que también es de él y que lo descoloca de su propia sujeción. Hay algo de resistencia en nosotros mismos que no nos permite mantenernos fijos y firmes en una identidad como sujetos. Esto el arte creo que lo permite, es decir cambiar en una permanente crisis y sabiendo sacar partido de ella. Pero lo mismo podríamos decir de este "fracaso" entendido como trinchera. No existe como lugar que nos aúne, no hay un lugar concreto para las situaciones de fracaso. Las hay por falta de deseo, por exceso del mismo, por ideales inalcanzados, por excesos sublimes, por utopías o por pérdidas en el consumo de lo real, también por solitarias o excesivamente pérdidas en lo colectivo... No se, no encuentro un lugar en el que nos podamos atrincherar. Por esto mismo tu presente continuo no es lo mismo, entiendo, que tu "desaparecer".

Bueno, no deseo que esto se convierta en un análisis de psicología personal, espero que lo que digo sea entendido como un modo de pensar aquello que nos atañe en el arte como comunidad.

J.H. Desde luego, la mejor ubicación para pensar, sea en lo que sea, es entre viaje y viaje, aunque sea en las condiciones personales difíciles por las que últimamente te toca bregar.

Yo últimamente viajo poco y se nota, se nota un riñón por no decir los dos. Y pensar, lo que se dice pensar, parece que preferiría, como diría Bartleby, no hacerlo.

Puedo creer en el presente continuo como mera comparsa para justificar una subjetividad ausente, pero acabo siempre henchido de ideas a las palabras por una sola causa: no sé palabras. Subjetividad e identidad no están en mi vocablo y tampoco parece me acompaña la soltura y alegría necesaria. No es que vea gris o rojo, que para el caso es lo mismo, sino que la ceguera monocroma abarca a la persona desprovista de las claves

fundamentales para formar sujeto. No quiero lamentarme por ello (no me seduce la cultura de la queja), pero he de aprender a aceptar cuál es la escasez de aptitudes sobre las cuales he de determinar la pregunta por el quién propio. Hablo de mí a coalición por aquello de tu pregunta entre apagar la luz o arrojarse al río enlazado con la cuestión de cómo haremos para desaparecer. Final hay, claro que lo hay aunque sea utópico. Pero ¿no es toda muerte sin cadáver una utopía? Si comprendo la muerte no sólo como el final del ciclo vital (sea inteligente o deje de serlo), sino como la posibilidad cierta de cada vez morir sin tener oportunidad de resucitar, que para eso no somos verdaderos hijos de dios, entonces se cumple la utopía de lo cotidiano.

Precisamente, y estando de acuerdo contigo, porque lo que nos sujeta es efímero y precario nuestra subjetividad e identidad está acechada a cada momento a morir y luchamos contra esa muerte para no tener que andar continuamente respondiendo a la pregunta por el quién. Si somos esto y lo otro y lo de más allá, una identidad nombrada y reconocida, no entramos en la ruleta rusa que se nos presenta cada día. Pero si no tenemos el miedo suficiente, y no por ello se es más valiente, jugamos a que el arma sobre la sien se pueda disparar y acabar desapareciendo. Porque así y no de otra forma es como veo eso de hacer lo que uno quiere, jugándose cada día a pesar de que ese azar pueda llevar aparejado la muerte fortuita sin posibilidad de volver no ya a ser lo que eras sino a ser cualquier otro ser. Dúctil y maleable a la mutación de lo real, de acuerdo, al arrojo de las propias convicciones o elecciones, también de acuerdo, atravesando el arte como actitud, de acuerdo, haciendo que la obra sea la plataforma de la implosión y la expansión como forma de residuo subjetivo, de acuerdo, domeñándose a lo incontrolable, de acuerdo, aunque pasando por la anamorfosis de uno mismo, sin la cual todos los 'de acuerdo' serían el sinsentido del sentido porque no podrían acontecer sin la desaparición cada vez de la identidad y subjetividad anclada a unos valores establecidos y permanentes.

Quiero decir con ello, aunque pueda haber escrito en términos demasiado herméticos, que las fracturas cotidianas, el día a día en un individuo sujeto a pensamiento son, o lo siento así, el mayor grado de falta de identidad y subjetividad a la que te puedes enfrentar y que la vía de poder establecer un recorrido propio está en cómo hacemos para desaparecer con intención de evitarlo. Se puede apagar la luz o arrojarse al río, aunque también pegarse un tiro en la sien, justo al epicentro del pensamiento, para que éste no se sujete a la tiranía de lo cotidiano y lo deje fluctuar por los arrebatos del deseo (que tal vez, puede, sean locura).

También se puede, ¡claro que se puede! hacer una obra de arte. Pero eso ya va menos conmigo porque a la crisis o catarsis del arte no sé, por escasas aptitudes, sacarle partido. No, tienes razón, no hay trincheras de presente, y menos si éste es continuo.

Pero hay, ha de haberlos, modos de desaparecer. El "Doctor Pasavento" se marchó a trazar la línea del fin del mundo para hacerlo. Yo aún no se dibujar ese horizonte. Como venía a decir Kafka en un día cualquiera de su diario, habré de aprender a ordenar las escasas aptitudes si quiero sacar partido de la ausencia natural de posibilidades, sólo así podré alguna vez intentar dibujar esa línea propia de los confines del mundo donde acontece la desaparición.

Desaparecer sin dejar rastro por el horizonte del dibujo realizado. Esa es la finalidad... aunque preferiría no hacerlo...

Mientras, en la continuidad del presente, en el día a día ininterrumpido, uno se arroja al río o apaga la luz o juega a la ruleta rusa (entre nosotros, meras artimañas simuladoras para contestar a los otros a la pregunta sin respuesta por el quién).